

CAPÍTULO V

LOS NORMANDOS EN FRANCIA.—REINOS ESCANDINAVOS.

A la par que algunos conservaban en Islandia las tradiciones de sus antepasados, otros, siguiendo las costumbres nacionales, recorrían los mares en pos de aventuras y de ganancias. No bastaban á detenerles las tempestades ni los hielos; apenas tocan en una playa, se convierte la primera selva que encuentran, bajo el golpe de sus hachas, en una escuadra sobre la cual remontan el curso de ignorados ríos. Si hallan á su paso puentes, esclusas u otros obstáculos naturales, cogen sus barcas sobre sus hombros y pasan al otro lado. Juntando la astucia á la intrepidez, conquistadores y embrollones como los antiguos romanos, caballeros y escribas, rapados como los sacerdotes y respetuosos hacia ellos, roban y trafican alternativamente, poniendo su valor al servicio de quien mejor lo paga, prontos á volver las armas contra aquellos en cuyo favor han peleado, ó á apoderarse del país para cuya defensa se les había requerido.

Tales eran los hombres que por espacio de dos siglos amenazaron la Europa, y luego fundaron memorables reinos. Emigración distinta de las precedentes, porque no era ya un pueblo entero que cambiaba de patria, como puede ejecutarse por tierra, sino un corto número de guerreros que llegan sin mujeres, se casan con las hijas de los vencidos, y enseñan á sus hijos su lengua. Encaminándose algunos hacia Oriente fundaron el imperio ruso; otros, haciendo rumbo á Italia, destruyeron los últimos residuos de la dominación griega: otros, vogando hacia el Mediodía y el Occidente, renovaron las heridas abiertas por sus hermanos los sajones en la Armórica y la Bretaña.

Quizá sea verdad que las victorias de Carlomagno sobre los sajones, determinaron á muchos de ellos á buscar refugio entre los normandos, á quienes por espíritu de venganza escitaron á llevar la guerra al país de los francos; pero lo que puede ca-

lificar de cierto de todo punto, es que aquellas bandas de corsarios se reclutaron del gran número de aquellos á quienes movía á indignación el yugo de la servidumbre, ó de aquellos otros á quienes privaba la paz de las ocasiones de señalarse por su denuedo. Estimulados por sus consejos ó alentados por su ayuda comenzaron los normandos á desolar la Francia, no ya saqueando para apelar inmediatamente á la fuga, sino con una insistencia que dejaba columbrar la idea de conquistar allí una mansión fija. Obtuvo la con efecto cuando Luis el Pio, más devoto que hábil para leer en el libro de lo venidero, otorgó al danés Haraldo una provincia, en recompensa de su bautismo; lo cual sirvió de aliciente á otros á quienes no había cabido en suerte en su patria más que una herencia, la del mar. Descuidáronse los armamentos con que Carlomagno había guarnecido la embocadura de los ríos; y como si esto no hubiera bastado, sus hijos apelaron á los normandos en el curso de sus guerras fratricidas. Pepino II no temió abjurar, por sus dioses, de la religión cuyos ministros habían consagrado á su abuelo. Carloman recurrió á ellos contra su propio padre. Luis el Germánico los empleó como un arma en contra de su hermano: Hugo, bastardo de Lotario, esperaba con su ayuda adquirir la corona de la Lorena.

Después que quedaron quebrantadas las fuerzas de la Francia en Fontenay, aquellos piratas asaltaron con la mayor osadía todo cuanto se estiende desde la embocadura del Elba hasta la del Guadalquivir; pero no eran muy fáciles de remontar los ríos de la Aquitania; el país entre el Elba y el Weser ofrecía pocos atractivos á sus deseos; y aunque habían saqueado á Hamburgo, y tomado posición junto al Elba, derrotando además en batalla campal al duque Brunon, á quien mataron once condes y dos obispos, en breve los sajones les der-

rotaron á su vez en Morden y los obligaron á emprender la retirada. En España se atrevieron á incendiar á Sevilla, y á marchar desde allí sobre Córdoba y Alicante. Por espacio de trece días saquearon á Lisboa, si bien las tempestades del golfo de Gascuña, el valor de los cristianos de Galicia y las armas de los califas árabes les alejaron de aquellas costas. Sin embargo, volvieron á aparecer allí de vez en cuando; saquearon la mezquita de Algeciras, y Alfonso el Grande fortificó la ciudad de Oviedo con el fin de poner allí á cubierto de sus correrías los objetos preciosos de los aldeanos.

Les atraía más la Francia, comarca rica y más inmediata, accesible por sus muchos ríos y debilitada por la anarquía. Los señores que habían sobrevivido, yacían cubiertos de oprobio; y á los que estaban encargados de la defensa de las costas pareció aquella una coyuntura favorable para sacudir, con el auxilio de estos aventureros, hasta la apariencia de sumisión.

Los normandos remontaban serpenteando el curso de los ríos, y su trueno divulgaba tal espanto que los habitantes de las riberas huían con sus rebaños á las ciudades y á las abadías del contorno, para ponerse bajo la protección de los baluartes y de las reliquias, barrera insuficiente contra aquellos ávidos devastadores, que reverenciando las cosas sagradas mucho menos de lo que codiciaban las riquezas de las iglesias, atacaban, mataban, incendiaban en todos partes. Fueron arruinados los monasterios de Fleury, de San Martín de Tours y de San German de los Prados en París. El abad de San Dionisio pagó una vez un rescate de millon y medio, lo cual no impidió que fuera destruida su abadía. Nadie se atrevía á sembrar los campos; las fieras tomaban posesión de los bosques y de los caminos. A tal estado de desolación fueron reducidas todas las comarcas por medio de las cuales descenden al Océano los ríos de la antigua Galia. Algunas veces se adelantaron hasta lo interior de las tierras: sin que aun los valles de los Pirineos salvaran á Bigorre, Tarbes, Oloron y Bayona; hasta que incitados por la abundancia y por la facilidad del botín fijaron su residencia junto á los ríos más favorables á sus incursiones, el Loira, el Sena, el Escalda y el Mosa (850).

Establecimiento en el Escalda.—El reino que Luis el Pio había señalado á Haraldo entre los frisones, vió acudir á otros aventureros, encantados de encontrarla tan adecuada á su modo de navegar y de combatir. Después de haberse apoderado de Dorstadt, mercado principal de los frisones, de haber despoblado á Utrech, quemado á Amberes, y arrasado á Wilita en la embocadura del Mosa, se establecieron en la isla de Walcheren. Habiendo obtenido del emperador Lotario la cesión legal de lo que habían adquirido, se engrandecieron estendiéndose por el país de Lovaina, su plaza de armas. Balduino I, que tenía este país en ducado, defendió valerosamente á Flandes; pero quedaron descubiertas la Baja Lorena, la Neustria Septentrional y

la Frisia. Un Rurico diferente del fundador del imperio ruso, alcanzó de Carlos el Calvo el ducado de Frisia (870). Rodolfo taló la Alemania hasta el momento en que fué muerto por Luis el Germánico en una batalla. Rollon, después de haber devastado la Holanda y batido á los francos sobre el Escalda, salió de Walcheren para ir á amenazar las orillas del Sena. El más terrible de todos fué Godofredo, quien habiendo reunido en la Estanglia á los daneses que no querían someterse al cristianismo impuesto por Alfredo el Grande, desembarcó en las orillas del Mosa y del Escalda, de que se quedó por dueño, después de haber dado muerte en las Ardenas al hijo de Luis el Germánico. Este monarca no pudo impedirles que se fortificaran en Nimega ni que fundaran una nueva colonia en Ascaloa (*Eslao*) cerca de Maestricht (881), conservando todo el país entre el Mosa y el Somma. Aunque luego les derrotó Luis III en Saucourt, no por eso dejaron de conservar á Amberes, Gante y la mayor partes de Flandes.

Godofredo salió de Ascaloa para vengar esta derrota; y el incendio de Tongres, Colonia, Bonn, Juliers, Tréveris y Metz, espantaron á la Europa. La magnífica capilla de Carlomagno en Aquisgram, tuvo que servir de cuadra á los corceles daneses, y su palacio quedó abierto á todos los vientos. Tamaño ultraje despertó á Carlos de su estupor, é hizo cesar la resistencia de sus barones, quienes, á su llamamiento se presentaron delante de Ascaloa. Godofredo se mostró dispuesto á obtener por medio de estipulaciones lo que no podía alcanzar con las armas; pero habiéndose dirigido á una conferencia fué asesinado (882). Entonces su hermano Sigefredo, taló, para vengarle, las riberas del Oise; y aunque Carloman se humilló hasta el punto de pagarle doce libras de plata, no dándose por satisfecho, ayudó á los normandos del Sena á asediar á París; luego á su regreso mató al arzobispo de Maguncia, que quiso estorbarle el paso. Más venturoso el rey Alfonso en sus disposiciones, le atacó con denuedo, le hizo caer bajo sus golpes, y diez y seis banderas quitadas á los normandos espulsados, dieron testimonio de que bastaba la concordia para triunfar de ellos.

Establecimiento del Loira.—Precisamente esto era lo que faltaba á la Francia, donde rey, magnates y pueblo se miraban de reojo, sirviéndose de obstáculo mútuo. Si el rey publicaba el eriban, veían los señores en esto una intentona para recuperar la supremacía real: se agitaban y no obedecían. Habiéndose armado los habitantes para defender sus hogares, los grandes concibieron recelos y prefirieron al enemigo (1). Ya en tiempo de

(1) *Vulgus promiscuum inter Sequanam et Ligerim, inter se conjurans adversus Danos in Sequana consistentes, fortiter resistit. Sed quia incaute suscepta est eorum conjuratio, á potentioribus nostris facile interficiuntur.* *Annal. Bertin., Rer. Fr., VII, 74.*

Luis, los normandos se habían apostado sobre el Loira, cuyas riberas tenían mucho que sufrir de la vecindad de los turbulentos bretones. Haciéndose dueños de Nantes, tomaron por principal estación la isla de Bière (843). Allí adquirió terrible fama Hasting, el más fiero entre los reyes del mar. No bien circuló la noticia de su impetuoso valor, acudieron de la Escandinavia intrépidos jóvenes, y tripulando con ellos la más formidable escuadra que había armado aquel pueblo, demolió á Nantes y á todas las ciudades situadas á orillas del río; ávido luego de más lejanas aventuras, corrió á saquear á Pisa con cien naves, y tomó á Luni creyendo que era Roma (807). De vuelta á Francia, encontró allí por adversario á Roberto el Fuerte, á quien Carlos el Calvo había confiado la Marca de Anjú; pero le dió muerte en una batalla, y se adelantó hasta Clermont en Auvernia. Fué entonces á ayudar á los daneses que invadían la Inglaterra; pero habiendo sido rechazado (876) por Alfredo el Grande, llevó de nuevo á Francia el espanto y la devastación.

Sin embargo, aquellos habitantes habían sentido la necesidad de tomar las armas, y como no se podía formar un ejército de las fuerzas comunes, las ciudades y los barones tomaron separadamente sus medidas. Resultó de ello que en lugar de abiertas llanuras, los corsarios encontraron por todas partes castillos, tropas y gentes de guerra, ante quienes tenían que ceder. Entonces fué cuando Hasting y los demás jefes aceptaron posesiones estables, y muchos se hicieron bautizar sirviendo en adelante de barrera para nuevas incursiones.

Establecimiento del Sena.—Ya Oggiero (Autcair) había remontado el Sena hasta Ruan, antemural de París; después de el Ragnar (841) incendió los mismos arrabales de París, y Carlos el Calvo pagó al sucesor de este caudillo siete mil libras de plata para que consintiese en retirarse (845); confesión de impotencia que aumentó la audacia de los invasores y desanimó á los pueblos. Así, pues, reaparecieron; y estableciéndose en la isla de Oissel, incendiaron de nuevo los arrabales de París (diciembre de 856), y su jefe Biorn, costilla de hierro, hijo de Lodbrok, llegó á recibir un gran tributo de Carlos el Calvo. Hubiera sido necesario hierro y no oro; pero los oprimidos á quienes hubiera convenido armar para la defensa de la patria, inspiraban más temor que sus enemigos. Entretanto los normandos se habían acantonado hasta en la isla de San Dionisio, que dejaron á poco de recibir cuatro mil libras de oro.

En el momento en que su expedición á Inglaterra los tenía alejados, Carlos levantó tropas, impuso grandes contribuciones, y se dispuso á una vigorosa defensa (885). No obstante asolaron á la Neustria los escandinavos á su vuelta, y Sigefredo sitió á París con setecientos bateles. Fué defendida la plaza por Hugo, abad de San German, el obispo Gozlin y el conde Eudes; Carlos el Gordo no se presentó sobre las alturas de Montmartre (886),

sino para comprar á precio de dinero la retirada de los normandos, cobardía que no contribuyó poco á derrocar del trono la raza Carlovingia. París y Sens fueron las únicas ciudades de la Francia occidental donde no penetraron los normandos. Sigefredo fué después derrotado y muerto por Arnulfo, en Lovaina.

Rollon.—Radolf ó Rollon, hijo de un poderoso yarl de la Noruega, era de tan elevada estatura que, no encontrando ningún caballo para su uso, caminaba siempre á pié. Fué desterrado por el rey Harald, al cual la madre del desterrado dirigió esta profecía: «Arrojas como á enemigo á un hombre de noble estirpe; escucha lo que te predigo. Es peligroso atacar al lobo, y cuando una vez se le ha irritado, infelices de los rebaños que vagan por la selva.» Rollon se retiró á la isla de Walcheren, después, cuando vió vacante el establecimiento del Sena, se trasladó á Ruan, donde recibió un tributo de Carlos. Debía conocer la voluntad, no de asolar, sino de fijarse en el país que ya se llamaba Normandia, y concedía seguridad en Ruan á los colonos del Sena. Tan pronto aliado, como enemigo de sus compatriotas, según encontrase ventaja en ello, estendió poco á poco su dominación. Carlos el Simple le concedió, por el tratado de Saint-Claire sobre Epte (912), la Neustria y la Bretaña, con la mano de Gisela su hija, bajo la condición de abrazar el cristianismo. Poniendo, pues, Rollon sus manos en las del rey, pronunció esta fórmula: «En adelante soy vuestro fiel y vuestro hombre, y juro conservar fielmente vuestra vida, vuestros miembros y vuestro real honor.

Ducado de Normandia.—Pero cuando se trató de besar los pies del monarca en señal de homenaje: *No lo haré jamás*, dijo el feroz guerrero. Mas como insistiesen, hizo señá á uno de los suyos, que tomó el pié del rey como para acercarle á su boca; pero le levantó tan alto, que Carlos cayó de espaldas. De esta manera hasta en el homenaje existía insulto para el nieto de Carlomagno; este fué el principio del ducado de Normandia, por cuyo medio se reprimió la turbulencia de los bretones, y los normandos del Loira fueron sometidos á una autoridad regular. Rollon distribuyó las tierras entre los suyos, sin consideración á los antiguos propietarios; y muchos colonos acudieron allí, porque era donde únicamente encontraban seguridad, y porque los lazos de su servidumbre se rompían de esta manera, y se encontraban cultivadores libres de tierras también libres.

Aseguró Rollon la estabilidad de su colonia dándole leyes con el consentimiento de los principales de su nación; leyes que sacó menos de las costumbres escandinavas que de las de los francos; mostrándose de estremada severidad en la represión de los malhechores. Es digno de admiración por haber impuesto á la hez de todos los países, una constitución en que reinaba la igualdad, sin distinción de vencedores y vencidos, de galos y francos, sin la distinción siquiera del lenguaje. A pesar del

bautismo recibido, continuó Thor compartiendo con Cristo los homenajes de los normandos; y el mismo Rollon, conociendo cercano su fin, mandó un sacrificio humano para apaciguar la divinidad de su patria. Es verdad que se construyeron monasterios é iglesias; pero los obispos no fueron admitidos en las asambleas de los barones, mientras que los francos no formaron parte del clero. Después este se hizo muy poderoso, y como había acontecido en todas partes, introdujo allí la civilización. Las catedrales de la Normandia están en el número de los monumentos del arte más antiguos y magníficos de la Edad Media; los campos de los alrededores fueron abonados, y el Sena contenido en su cauce.

Aquí se detuvo el torrente normando, que hacia un siglo asolaba la Francia. Reuniéronse á ésta las diferentes colonias errantes ó poco seguras, y así pronto rivalizó con el reino. El desierto que se había formado en otras partes á lo largo de las costas, nada tenía ya que atrajese nuevos invasores, ó si penetraban en las tierras, chocaban con los feudatarios, que dueños en adelante de un dominio que les pertenecía en propiedad, querían defenderle con todos sus esfuerzos.

Conversion de la Escandinavia.—Pero la barrera más fuerte fué el cristianismo, semejante á las lianas que se adhieren á las movedizas arenas de un río y las convierten en un dique. Reunidas las dos religiones escandinava y eslava en el Norte, habían recibido nueva fuerza de los sacerdotes, que habían propagado un odio tan atroz contra los cristianos, y el culto fué defendido con más obstinación que su libertad (2). Sin embargo, algunos de los príncipes del país, viajando en los países cristianos, en Inglaterra, y yendo á la gran ciudad (*nikla gaard*), como llamaban á Constantinopla, habían adquirido allí nociones sobre el cristianismo, y aun algunos habían recibido el bautismo. Aunque no observasen á su vuelta la nueva creencia, se notaba que renunciaban á la poligamia, á comer carne de caballo y aves de rapiña, víctimas comunes ofrecidas á los dioses escandinavos. Ya hemos visto al sajón Willibrod no salir bien con sus esfuerzos, y al mismo Carlomagno no obtener la admisión de sus misioneros. Cuando Harald Klak, rey de Jutlandia meridional, derribado del trono, hubo encontrado protección en la corte de Luis el Pio (826), aceptó el bautismo más por política que por convicción, y permitió á Ebbon, arzobispo de Reims, predicar en su recuperado reino. Después de él acudió allí San Anscario, quien dejando la escuela de Corbia, se propuso *recalentar con la palabra de Dios los hielos del aquilon*, y consiguió en la Escandinavia lo que San Bonifacio había logrado en

Germania. Mandó á educar algunos niños nacidos en la servidumbre á Hadeby en el Sleswig, de donde propagaron el verdadero culto arruinando el de Odin. Llamado después á Suecia por el rey Biörn, estableció la iglesia de Sigtuna. Fundó el emperador Luis para él el arzobispado de Hamburgo, consagrándosele ante la dieta de Ingelheim (831); después con tres legados reales marchó á Roma, donde recibió el palio con el título de legado en Dinamarca, Suecia, Noruega, Islandia, Groenlandia y las islas Feroes, provincia que había que conquistar. El la recorrió comprando niños ó pagando su rescate para bautizarlos, é instituyendo iglesias. Aumentó el emperador su poder declarándole su embajador en el Norte. Modesto en medio de sus triunfos, quería que su familia viviese del trabajo de sus manos. Cuando la ciudad de Hamburgo fué destruida por los normandos, encontró en casa de una viuda de noble sangre, el asilo que le negaba el obispo de Brema, cuya diócesis fué por esta razón unida á la de Anscario.

Si los resultados de la predicación no estaban en relación con el celo del apóstol, culpa era de los reyes de aquellos países, que tenían una emboscada en el vínculo que debía enlazarlos con Alemania. Gorm el Viejo, rey de Islandia, trabajó activamente para extirpar el cristianismo. Fuerza es agregar las incursiones en virtud de las cuales sucumbió Hamburgo bajo los golpes de los eslavos y Brema bajo los de los húngaros. A pesar de todo, no cesaban de salir misioneros de Germania, y con especialidad de Corbia. La conversion del duque de Normandia sirvió de ejemplo á muchos de sus iguales; Oton I, obligó á Harald Blaatand, hijo de Gorm, á recibir el bautismo en union de los magnates daneses. Por último, Canuto el Grande hizo prevalecer el cristianismo en Inglaterra, Escocia, Suecia y Dinamarca. En el año 1017, se dirigió á pié en peregrinación á Roma con su comitiva, la alforja al hombro y el bordon en la mano; y desde allí escribió una carta que atestigua cuanta mudanza operaba el cristianismo en aquellos espíritus feroces. «Canuto, rey de Dinamarca y de Inglaterra, á los obispos y primados, y á todo el pueblo inglés, salud. Os hago saber como he ido á Roma para obtener el perdón de mis pecados, y la salud de mis magistrados; y rindo á Dios las más humildes gracias porque me ha permitido visitar en persona á los santos apóstoles Pedro y Pablo, y á todos los santos que están dentro y fuera del círculo de Roma. Me decidí á emprender este viaje el haber oído de boca de los sabios, que Pedro puede atar y desatar, y que custodia las llaves del reino de los cielos. Aquí, en la solemnidad de la Pascua, se ha celebrado una reunion de ilustres personajes, el papa Juan, el emperador Conrado y los jefes de las naciones, desde el Gargano hasta el mar que ciñe nuestra isla. Todos me han acogido con distinción, honrándome con ricos presentes, vasos de oro y plata, telas y costosas vestiduras. He hablado con el emperador, con el

(2) MUENTER, *Sobre el bautismo del rey Harald y el establecimiento del cristianismo en las provincias danesas*, 1830, y MATTER.

señor papa y con los demás príncipes acerca de las necesidades de los habitantes de mi reino, así ingleses como daneses, y he procurado obtener para ellos justicia y seguridad en sus viajes á Roma, y especialmente que no se les detenga con barreras ni peajes. Me he quejado al papa de las inmensas sumas que se exigen á los arzobispos cuando acuden en solicitud del palio; y ha quedado resuelto que semejante exacción no se renovará. Además, he hecho voto á Dios de mejorarme á mí mismo, y de gobernar con justicia. Si he pecado durante mi juventud contra la equidad, de hoy en adelante haré cuanto pueda por enmendarme; y así ordeno á mis consejeros y magistrados que no apoyen ninguna injusticia por temor á mi autoridad ó por consideración á los descontentos; y que si quieren conservar mi benevolencia y su vida, no cometan injusticias con los ricos ni con los pobres, sino hagan que cada cual disfrute de lo que posee, no vejándole para abastecer mis arcas, pues no quiero dinero sacado injustamente. Llevó de Roma sacerdotes que acabaron de catequizar á los daneses.

El noruego Hakon, hijo de Haraldo Haarfager, había aprendido el cristianismo en Inglaterra, aunque no pudo conseguir que lo adoptaran los suyos. «Si ayunamos hoy ¿cómo han de quedarnos fuerzas para trabajar mañana?» decían los esclavos y los habitantes. «Cuando tú llegaste á ser nuestro rey, creímos hacernos libres; ¡y ahora quieres que abandonemos el culto de nuestros valientes antepasados para someternos á una servidumbre extranjera!» Vióse, pues, obligado él mismo á probar la carne de los caballos ofrecidos en sacrificio y á beber en honor de Odin, de Thor, y de Bragi. Olao (Olof), que había conocido en su juventud el cristianismo en Sajonia y Grecia, fué empujado mientras hacia el corso á una de las Sorlingas, y encontró allí á un ermitaño que le bautizó y le predijo que sería rey de Noruega. Llegó á ser, en efecto, con el apoyo de una facción, y habiendo acometido la empresa de convertir á aquel pueblo, eligió á San Martín por patrono. Pero vanamente puso por obra las predicaciones, los halagos, las violencias, dando á los recién bautizados los bienes de los recalcitrantes, á quienes martirizaba á menudo: consta que encontró muy pocos devotos. Hasta recurrió al juicio de Dios; y después de haber derribado con un tajo de su espada un peon de dama sobre la cabeza del sobrino de uno de sus vasallos, obligó á éste á hacer otro tanto para demostrar la verdad del culto de los ídolos. Este apóstol fué espulsado violentamente; y la tarea que había acometido fué mejor desempeñada por Olao el Grande, y llevada luego á feliz remate por Canuto su vencedor.

Olao Scötkonung, hizo adoptar en Suecia por el año de 1000 la religión de la civilización y del progreso; pero setenta y cinco años más tarde fué espulsado Ingué por el pueblo furioso, á consecuencia de haber demolido el santuario de Upsal; y los

restos de la idolatría no fueron completamente extirpados hasta el siglo XII (3).

Eran las mujeres las primeras que abrazaban el cristianismo; y como los hombres son formados por las madres, tanto en lo relativo al espíritu como al cuerpo, se extendió en las familias. Muy en breve cesó la piratería general: menos frecuentes los desafíos fueron sustituidos por discusiones pacíficas ante los tribunales: se mejoró la suerte de los prisioneros y de los esclavos; se abolió la servidumbre doméstica; se respetó la vida de los niños y se introdujeron en el claustro los estudios (4). La religión, que modifica sus beneficios según los lugares, instituyó en vez de las *cofradías de sangre* que se formaban en otro tiempo para sustentar una querrela hasta la muerte de todos los socios, *gildas* pacíficas é industriales, elemento de los municipios y de la prosperidad comercial de los septentrionales; y compañías religiosas guerreras como la cofradía de Roskild para la represión de los corsarios.

Dinamarca.—Entonces recibieron una organización regular los tres reinos de la Escandinavia. Haraldo Blaataud, primer rey de Dinamarca (930), estableció su residencia en Roskild; pero demasado violento en su deseo del bien, se enagenó las voluntades; y los descontentos, guiados por su propio hijo Suenon, le dieron muerte en una batalla (980). Suenon Tingskög (*barba hendida*) restableció el paganismo, sometió la Noruega por la fuerza, é hizo sufrir horribles daños á la Inglaterra, que conquistaron sus armas; y acabó, no obstante, por volver al cristianismo. Tuvo por sucesor á Haraldo VIII (1013); después á Canuto el Grande, ya rey de Inglaterra, que aseguró la prosperidad del país, dándole con el cristianismo la industria, el comercio y un código criminal llamado *Witthenlog*. Habiéndose estinguido la raza de los reyes Skioldunges con la muerte de Canuto III (1041), Magno, rey de Noruega, debía sucederle: pero Suenon II Estrithson, pariente del primero, se re-

(3) Las tres primeras iglesias de Suecia fueron las de Byrke (836?), de Norlandén (1055?), y de Sigtuna (1064?), las cuales desaparecieron en la Edad Media. Vinieron luego los obispados de Lincoping (1101?), de Scava (1005), de Strengnaess (1072), de Arosia ó Westersans (1149), Vexao (1020), de Aebo y Upsal (1172).

(4) Malte-Brun hacía mención en el *Diario de los Debates*, en 1810, de los beneficios que todavía produce el cristianismo en las estremidades de la Suecia y en la Laponia. «Se pueden citar más de veinte ministros que cada uno en su cantón, han divulgado con su ejemplo los principios de una buena agricultura y escitado la afición á todas las empresas útiles. En la Angermania (*Wester Nordlan*) me hablaron por todas partes de la mujer de un ministro, muerta á la edad de cien años, que introdujo allí hilar el lino, cosa desconocida hace sesenta años en aquel punto, y que á la sazón mantiene una maravillosa comodidad en un país tan poco favorecido por la naturaleza, y situado á los sesenta y cuatro grados de latitud.

beló y fundó la nueva dinastía de los Estritidas (1047). Declarándose deudor del trono á Adalberto, arzobispo de Brema, aumentó el poder de los eclesiásticos, lo cual, no obstante, no les hizo cerrar los ojos sobre sus excesos; porque el obispo de Roskild le obligó á una penitencia pública por haber hecho dar muerte á varios señores en la iglesia, y Adalberto rompió el matrimonio incestuoso que había contraído.

Noruega.—Fué violentamente agitada la Noruega por discordias intestinas y por guerras con los daneses. Olao, rey del mar, se hizo dueño de ella con ayuda de una facción (994). Promulgó el código llamado *Christenret*, derribó el templo de Thor, al cual substituyó la iglesia de Hlada; construyó para su residencia á Drontheim en el sitio de la ciudad escandinava de Nidaros, y recurrió á medidas violentas para extirpar la idolatría. Sigrida, reina de Upsal, tan orgullosa como bella, vino para verle y contraer con él matrimonio; pero á su negativa de recibir el bautismo, Olao la trató de perra, le arrojó su guante al rostro, y la hizo sumergir en el mar (1000). La ultrajada reina, llevó en dote su venganza á Suenon Tingskög, rey de Dinamarca, que venció á este feroz apóstol; y la Noruega se dividió entre los suecos y los daneses.

San Olao.—Pero mientras que unos y otros estaban ocupados en Inglaterra, Olao II, que se había agueruido en el oficio de pirata, les arrojó de su patria (1018); y restablecido en el trono paterno, propagó el cristianismo por los medios más convenientes, la instrucción y el ejemplo (1029), cuando Canuto el Grande le obligó, menos por la fuerza que por la seducción de sus ministros, á cederle la corona. Desposeído Olao se encaminaba hacia Jerusalem para hacerse monje (1032), cuando una visión le animó á tentar de nuevo el éxito de las armas. Habiéndose puesto á la cabeza de treinta mil valientes, teniendo por distintivo la cruz grabada sobre su casco y escudo, y por grito de guerra: *¡Adelante, soldados de Cristo, de la cruz y del rey!* atacó la Noruega, llevando consigo tres escaldas para cantar sus victorias. Dos perecieron á su lado; el tercero vió á Olao caer vencido y cantó sus alabanzas antes de arrancar la flecha de la herida de que murió. Fué considerado Olao como un santo y como patrono de los noruegos y suecos, que por espacio de muchos siglos le pagaron un tributo.

Este culto era, como suceden con otros, una protesta de los noruegos contra la dominación de sus vencedores, oprimidos y humillados como lo estaban por ellos hasta el punto de que el testimonio de un danés valía por el de diez noruegos. Llevó

consigo Canuto lo más selecto de su juventud, en la apariencia por honra, pero en realidad para tener rehenes. Después su hijo natural Suenon cansó de tal manera la paciencia de los vencidos, que colocaron sobre el trono á Magno, hijo de San Olao (1036). Disponíase éste á tomar una terrible venganza de la muerte de su padre, si el escalda Sigwater no hubiera mitigado su cólera. Se vé que los poetas del Norte se atrevían entonces á combatir en primera fila, y lo que es aun más extraño, á decir la verdad, á los reyes.

Tuvo Magno por sucesores á su hermano Haraldo III el Severo (1047), que murió en el momento en que se disponía á conquistar la Inglaterra; después á Magno II y luego á Olao III el Pacífico (1066-69), quien se esforzó en dulcificar las costumbres de los suyos, favoreció el comercio y el espíritu de asociación, propagó la libertad por emancipaciones, fundó á Bergen, puerto importante, así como las ciudades mediterráneas de Stavanger y Kongell.

La historia de Suecia principia á ilustrarse con Biörn IV el Viejo, al cual sucedió Olao II, después Erico VI el Victorioso, que subyugó la Dinamarca, la Finlandia, la Estonia, la Livonia y la Curlandia (964). Su hijo Olao III Skötkonung (*rey en el seno materno*), cambió el título de rey de Upsal en el de rey de Suecia; y los noruegos habiendo destruido la antigua Sigtuna, residencia de Odin, construyó la nueva. Fué convertido por Sigurdo que con otros misioneros procedentes de Inglaterra, propagó el cristianismo: Skara en la Vestrogothia vino á ser la metrópoli de la nueva religión. Sus hijos Anundo Jacobo y Edmundo III (1026-51), extendieron la religión y la civilización. Acabando en ellos la descendencia de Lodbrok, Stenkil, yerno de Anundo y marido de la viuda de Edmundo, fué jefe de la nueva dinastía (1056).

Cerca de Upsal se elevan tres cerros (*hogar*) cónicos y sumamente pendientes, que son los sepulcros de los antiguos reyes. Otro terminado en plataforma, lleva el nombre de altura de la justicia (*Things-hög*), porque se administraba ésta al principio de cada año, teniendo enfrente al gobernador del Upland acompañado de otros magnates del reino, y detrás de él el pueblo armado. En la vecina pradera de Mora, reunido el pueblo alrededor de la almadana de Thor, y luego entorno de la cruz, y los jueces de la provincia sentados sobre rocas que todavía se conservan, procedían á la elección de rey; y el que reunía los sufragios, colocado en la más alta de aquellas piedras, pronunciaba el juramento.